

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

24 de marzo de 2024

Hacer todo esfuerzo para
negociar el fin
de la guerra



A los participantes en un encuentro promovido por las Academias Pontificias de las Ciencias y de las Ciencias Sociales

Conocimiento indígena y ciencia en diálogo contra el odio, la violencia y la guerra

El “diálogo entre el conocimiento indígena y la ciencia” debe servir “para aprender a superar los conflictos de forma no violenta... evitando alimentar el odio, los resentimientos, las divisiones, la violencia y la guerra”. El Papa recordó a los participantes en un encuentro promovido por las Academias Pontificias de las Ciencias y de las Ciencias Sociales sobre “El conocimiento de los pueblos indígenas y las ciencias. Combinar el conocimiento y la ciencia sobre las vulnerabilidades y las soluciones para la resiliencia”, celebrado en el Vaticano, en la Casina Pio IV, sede de las dos Academias, del 14 al 15 de marzo. El Papa les recibió en audiencia en la Sala Clementina, encargando a uno de sus colaboradores la lectura del discurso preparado, que publicamos a continuación.



Queridas amigas y amigos: Les doy la bienvenida con motivo de la Conferencia sobre Conocimiento y Ciencia de los Pueblos Indígenas. Su objetivo es reunir estas dos formas de conocimiento para un enfoque más inclusivo, más rico y más humano de algunas cuestiones críticas apremiantes, como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, las amenazas a la seguridad alimentaria y a la salud, y otras. Quisiera agradecer al canciller, cardenal Turkson, y a los presidentes de las Pontificias Academias de Ciencias y de Ciencias Sociales por promover esta iniciativa: es una contribución cualificada para reconocer el gran valor de la sabiduría de los pueblos originarios y para favorecer un desarrollo humano integral y sostenible. Recuerdo que la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación-

la FAO- también organizó hace tres años unas jornadas de estudio sobre los sistemas alimentarios indígenas. El resultado fue una Plataforma que reunió a científicos, académicos y expertos indígenas y no indígenas, para establecer un diálogo destinado a garantizar la preservación de los sistemas alimentarios de los pueblos originarios. También en continuidad con esa experiencia, acojo con satisfacción su iniciativa de proseguir esa investigación. En primer lugar, diría que se trata de una oportunidad para crecer en la escucha mutua: escuchar a los pueblos indígenas, para aprender de su sabiduría y modo de vida, y al mismo tiempo escuchar a los científicos, para aprender de sus estudios. Además, este seminario de estudio envía un mensaje a los gobiernos y a las organizaciones internacionales para que reconozcan y respeten la riqueza de la diversidad en el seno de la gran familia humana. En el tejido de la humanidad

existen diferentes culturas, tradiciones, espiritualidades y lenguas que es necesario proteger, porque su pérdida constituiría un empobrecimiento del conocimiento, de la identidad y de la memoria de todos nosotros. Por eso es necesario que los proyectos de investigación científica, y por consiguiente las inversiones, se orienten cada vez más hacia la promoción de la fraternidad humana, la justicia y la paz, de modo que los recursos puedan asignarse de forma coordinada para responder a los urgentes desafíos que afectan a la casa común y a la familia de los pueblos. Somos conscientes de que, para lograrlo, se requiere una conversión, una visión alternativa a la que hoy empuja al mundo por la senda del conflicto creciente. Encuentros como el suyo van en esta dirección: en efecto, el diálogo abierto entre el conocimiento nativo y la ciencia, entre las comunidades de sabiduría nativa y las comunidades científicas, puede ayudar a abordar cues-

tionales cruciales como el agua, el cambio climático, el hambre y la biodiversidad de una manera nueva, más integral y también más eficaz. Cuestiones que, como bien sabemos, están todas interconectadas. Gracias a Dios no faltan señales positivas en este sentido, como la inclusión por parte de la ONU del conocimiento indígena como componente central del Decenio Internacional de la Ciencia para el Desarrollo Sostenible. Una señal que hay que promover y apoyar, aunando esfuerzos. Por lo tanto, en el diálogo entre el conocimiento indígena y la ciencia, debemos ser claros y tener siempre presente que esta riqueza de conocimientos debe ser utilizada para aprender a superar los conflictos de forma no violenta y para combatir la pobreza y las nuevas formas de esclavitud. Dios, Creador y Padre de todos los seres humanos y de cuanto existe, nos llama hoy a vivir y testimoniar nuestra vocación a la fraternidad universal, a la libertad, a la justicia, al diálogo, al encuentro mutuo, al amor y a la paz, y a evitar alimentar el odio, los rencores, las divisiones, la violencia y la guerra. Dios nos ha hecho custodios y no dueños del planeta: todos estamos llamados a una conversión ecológica (cf. Enc. *Laudato si'*, 216-221), comprometidos a salvar nuestra casa común y a vivir una solidaridad intergeneracional para salvaguardar la vida de las generaciones futuras, en lugar de disipar los recursos y aumentar las desigualdades, la explotación y la destrucción.

Queridos representantes de las comunidades indígenas y queridos científicos, les agradezco su compromiso y les animo a sacar de la herencia de sabiduría de sus antepasados y de los frutos de la investigación en sus laboratorios la savia para seguir trabajando juntos por la verdad, la libertad, el diálogo, la justicia y la paz. La Iglesia está con ustedes, aliada de los pueblos indígenas y de sus saberes, y aliada de la ciencia para hacer crecer en el mundo la fraternidad y la amistad social. Los acompaño con mis oraciones y, respetando las convicciones de cada uno, invoco sobre ustedes la bendición de Dios. Y también ustedes, según su propia manera, recen por mí. Gracias.

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicaque suum Non praevalent

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo@spc.va

El Papa a los participantes en la sesión plenaria del Dicasterio para la Evangelización

Hacia la experiencia jubilar de fe, conversión y perdón

Dentro de unas semanas, la carta apostólica para el anuncio oficial

“Dentro de pocas semanas” se publicará la carta apostólica para la proclamación oficial del Jubileo, que debe vivirse como una “experiencia de fe, conversión y perdón”. Así lo anunció el Papa Francisco en su discurso a los participantes en la plenaria del Dicasterio para la Evangelización - Sección para las Cuestiones Fundamentales en el Mundo, recibidos en audiencia la mañana del viernes 15 de marzo, en la Sala Clementina. Publicamos, a continuación, el texto preparado por Francisco que fue leído por uno de sus colaboradores.

Queridos hermanos y hermanas: Me alegra acogerlos, Superiores, Miembros y Consultores del Dicasterio para la Evangelización - Sección para las Cuestiones Fundamentales en el Mundo, reunidos en asamblea plenaria. Es un momento importante para la discusión que comporta la problemática de la evangelización, sobre todo cuando miramos a las diversas regiones del mundo, tan diferentes por cultura y tradición.

El primer pensamiento se dirige a la condición en la que se encuentran varias Iglesias locales, donde el secularismo de las últimas décadas ha creado enormes dificultades: desde la pérdida del sentido de pertenencia a la comunidad cristiana, hasta la indiferencia respecto a la fe y sus contenidos. Son problemas graves con los que muchos hermanos y hermanas tienen que enfrentarse cada día, pero no debemos desanimarnos. El secularismo ha sido estudiado y se han escrito avalanchas de páginas sobre él. Conocemos los efectos negativos que ha producido, pero éste es un momento propicio para comprender qué respuesta eficaz estamos llamados a dar a las nuevas generaciones

para que recuperen el sentido de la vida. La llamada a la autonomía de la persona, planteada como una de las reivindicaciones del secularismo, no puede ser teorizada como independencia de Dios, porque es Dios mismo quien garantiza la libertad a la acción personal. Y en cuanto a la nueva cultura digital, que presenta tantos aspectos interesantes para el progreso de la humanidad - pensemos en la medicina y en la protección de la creación-, trae consigo también una visión del hombre que aparece problemática al referirse a la necesidad de verdad que habita en cada persona, unida a la necesidad de libertad en las relaciones interpersonales y sociales. Por tanto, la gran cuestión que se nos plantea es comprender cómo superar la ruptura que se ha producido en la transmisión de la fe. Para ello, urge recuperar una relación eficaz con las familias y los centros de formación. La fe en el Resucitado, que es el corazón de la evangelización, para ser transmitida requiere una experiencia significativa vivida en la familia y en la comunidad cristiana como un encuentro con Jesucristo que cambia la vida. Sin este encuentro, real y existencial, se estará siempre sujeto a la tentación de hacer de la fe una teoría y no un testimonio de vida.

Siguiendo con la cuestión prioritaria de la transmisión de la fe, les agradezco el servicio que prestan en el campo de la catequesis. Y lo hacen también sirviéndose del nuevo Directorio, que ustedes elaboraron en 2020. Es un instrumento válido y puede ser eficaz, no sólo para la renovación de la metodología catequética, sino yo diría sobre todo para la implicación de toda la co-



munidad cristiana. En esta misión, se confía un papel específico a quienes han recibido y recibirán el ministerio de catequistas, para que sean fortalecidos en su compromiso al servicio de la evangelización. Espero que los obispos sepan alimentar y acompañar las vocaciones a este ministerio, especialmente entre los jóvenes, para que se reduzca la brecha entre las generaciones y la transmisión de la fe no aparezca como una tarea confiada sólo a los mayores. En este sentido, les animo a encontrar caminos para que el Catecismo de la Iglesia Católica siga siendo conocido, estudiado y valorado, de modo que pueda responder a las nuevas necesidades que surgen con el paso de las décadas.

Un segundo tema que quisiera compartir con ustedes es la espiritualidad de la misericordia, como contenido fundamental de la obra de evangelización. La misericordia de Dios nunca falta y nosotros estamos llamados a dar testimonio de ella y a hacerla, por así decirlo, circular por las venas del cuerpo de la Iglesia. Dios es misericordia: este mensaje perenne fue relanzado con fuerza y modalidades renovadas por san Juan Pablo II para la Igle-

sia y la humanidad al comienzo del tercer milenio. La pastoral de los santuarios, que es vuestra responsabilidad, requiere estar impregnada de misericordia, para que quienes acuden a estos lugares encuentren en ellos un oasis de paz y serenidad. Los Misioneros de la Misericordia, con su generoso servicio al sacramento de la Reconciliación, ofrecen un testimonio que debería ayudar a todos los sacerdotes a redescubrir la gracia y la alegría de ser ministros de Dios que perdona siempre y sin límites. Ministros de Dios que no sólo espera, sino que sale al encuentro, va en busca, porque es Padre misericordioso, no amo, es buen Pastor, no mercenario, y se llena de alegría cuando puede acoger a una persona que vuelve, o la encuentra vagando por sus laberintos (cf. *Jn* 10; *Lc* 15). Cuando la evangelización se realiza con la unción y el estilo de la misericordia, el corazón está más abierto a la conversión. En efecto, se es tocado en lo que sentimos más necesidad: el amor puro y gratuito, fuente de vida nueva.

El tercer tema que quisiera proponerles es la preparación del Jubileo Ordinario del próximo año. Será un Jubileo en el que deberá emer-

ger la fuerza de la esperanza. Dentro de pocas semanas haré pública la Carta apostólica para su anuncio oficial: espero que esas páginas ayuden a muchos a reflexionar y, sobre todo, a vivir concretamente la esperanza. Esta virtud teologal ha sido poéticamente vista como la "hermana pequeña" en medio de las otras dos, la fe y la caridad, pero sin la cual estas dos no avanzan, no se expresan lo mejor posible. ¡El pueblo santo de Dios lo necesita tanto! Conozco el gran empeño que el Dicasterio pone diariamente en la organización del próximo Jubileo. Les doy las gracias y estoy seguro de que todo este esfuerzo dará sus frutos. La acogida de los peregrinos, sin embargo, debe expresarse no sólo en las obras estructurales y culturales necesarias, sino también en hacerles vivir la experiencia de la fe, de la conversión y del perdón, encontrándose con una comunidad viva que da testimonio gozoso y convencido de ello.

Y no olvidemos que este año previo al Jubileo está dedicado a la oración. Necesitamos redescubrir la oración como experiencia de estar en presencia del Señor, de sentirnos comprendidos, acogidos y amados por Él. Como nos enseñó Jesús, no se trata de multiplicar nuestras palabras, sino de dar espacio al silencio para escuchar su Palabra y acogerla en nuestra vida (cf. *Mt* 6, 5-9). Comencemos, hermanos y hermanas, a rezar más, a rezar mejor, en la escuela de María y de los santos.

Les doy las gracias por su trabajo de estos días y por su servicio a la Iglesia. Los bendigo de corazón y rezo por ustedes. Y por favor, recen también ustedes por mí. Gracias.

El cuarto sermón de Cuaresma en presencia del Pontífice

Los milagros cotidianos de la esperanza

«Los milagros cotidianos de la esperanza» fueron el centro del cuarto sermón de Cuaresma, pronunciado por el cardenal Raniero Cantalamessa la mañana del viernes 15 de marzo, en el Aula Pablo VI, en presencia del Papa Francisco.

Continuando con el ciclo de reflexiones sobre los solemnes «Yo soy» de Cristo en el Evangelio de Juan, el predicador de la Casa Pontificia se centró en el capítulo 11, todo ocupado por el episodio de la resurrección de Lázaro. El resultado fue un elogio de la esperanza cristiana como «gran taumaturga, hacedora de milagros», capaz de poner «en pie a miles de lisiados y paráliticos espirituales, miles de veces», dijo refiriéndose al episodio — narrado en los Hechos de los Apóstoles — de la curación del lisiado que pedía limosna ante la Puerta Bella del templo de Jerusalén.

«Lo que es extraordinario con la esperanza es que su presencia lo cambia todo, incluso cuando exteriormente no cambia nada», comentó el purpurado capuchino, recordando cómo se describe a través de las imágenes -relacionadas con el mundo de la navegación- del ancla o de la vela. Si la primera «es lo que da seguridad a la embarcación y la mantiene parada entre las olas del mar», la segunda «es lo que la hace moverse y avanzar». Y «de ambas maneras», «actúa con respecto a la barca que es la Iglesia» y con respecto a la «barquita de nuestra vida: recoge el viento y sin ruido lo transforma en una fuerza motriz» o «en manos de un buen marinero, es capaz de aprovechar cualquier

viento, desde cualquier dirección espiritual, para moverse en la dirección deseada».

De hecho, prosiguió el predicador, «ante todo la esperanza viene en nuestra ayuda en nuestro camino personal de santificación», convirtiéndose «en quien la ejerce, en el principio del progreso espiritual. Siempre está alerta para descubrir nuevas "oportunidades para el bien" realizables. Por lo tanto, no permite recostarse en la tibieza y la pereza». Por lo demás, «no es una disposición interior bella y poética que hace soñar y construir mundos imaginarios. Por el contrario, es muy concreta y práctica. Pasa su tiempo siempre poniéndote delante tareas a realizar. Es más, «siempre descubre algo que se puede hacer para mejorar la situación: trabajar más, ser más obedientes, más humildes, más mortificados». Y cuando parezca que no hay «nada más que hacer, la esperanza nos indica una tarea: aguantar hasta el final y no perder la paciencia», recomendó Cantalamessa citando al filósofo Kierkegaard.

Por lo demás, continuó el predicador, «la esperanza tiene una relación privilegiada, en el Nuevo Testamento, con la paciencia. Es lo contrario de la impaciencia, de la prisa, del "todo y ahora". Es el antídoto contra el desánimo. Mantiene vivo el deseo. También es una gran pedagoga, que no indica todo de una vez, sino que te pone frente a una posibilidad a la vez. El pan de cada día. Distribuye el esfuerzo y así permite realizarlo». Por esta razón, señaló el cardenal, «la esperanza necesita de la tribulación como



la llama necesita del viento para fortalecerse. Las razones terrenales de esperanza deben morir, una tras otra, para que surja la verdadera razón inquebrantable que es Dios». Un poco como sucede «en la botadura de un barco. Es necesario que se retiren los andamios y se lleven uno tras otro los distintos puntales, para que pueda flotar y avanzar libremente sobre el agua. En efecto, concluyó el religioso capuchino, «la tribulación nos quita todo "agarre" y nos lleva a esperar solo en Dios», conduciendo «a ese estado de perfección que consiste en seguir esperando confiando» en Él, «incluso cuando toda razón humana para esperar ha desaparecido». Como fue para María al pie de la cruz, que por eso es invocada en la «piedad cristiana con el título de Mater Spei, Madre de la esperanza». Estos pensamientos sobre la «fuerza transformadora de la esperanza» habían sido inspirados, como se mencionó, por el episodio de la resurrección de Lázaro, que -explicó Cantalamessa- tiene como consecuencia la condena a muerte de Jesús; mientras que esta última, a su vez, «provoca la re-

surrección de todo el que cree en Él». He aquí entonces el significado auténtico de la resurrección de Cristo, diferente de la de Lázaro o del hijo de la viuda de Naín, «que resucitaron para morir otra vez», como enseña san Agustín; y mucho menos es una re-

surrección «espiritual» y existencial, según posiciones teológicas como las de Bultmann hoy superadas. Por el contrario, observó Cantalamessa, «Juan dedica dos capítulos completos de su Evangelio a la resurrección real y corporal de Jesús, proporcionando alguna información detallada sobre ella. Para él, por tanto, no es solo "la causa de Jesús", es decir, su mensaje, que resucitó de entre los muertos, sino su persona. La resurrección actual no sustituye a la resurrección final del cuerpo, sino que es su garantía. No anula ni hace inútil la resurrección de Cristo de la tumba, sino que se basa precisamente en ella». Hasta el punto de que Jesús «mismo había indicado su resurrección como el signo por excelencia de la autenticidad de su misión». En consecuencia, el predicador «desmonta» el «prejuicio presente en los no creyentes contra la fe, que no es menor que el que reprochan a los creyentes. De hecho, reprochan no poder ser objetivos, ya que la fe les impone, al principio, la conclusión a la que deben llegar, sin darse cuenta de que sucede lo mismo» entre ellos. «Si se parte del supuesto de que

Dios no existe, que lo sobrenatural no existe y que los milagros no son posibles, la conclusión también se da de antemano, por lo tanto, al pie de la letra, un prejuicio». Y «la resurrección de Cristo constituye el caso más ejemplar de esto», dado que «ningún evento de la antigüedad está respaldado por tantos testimonios de primera mano como este», algunos atribuibles «a personalidades del calibre intelectual de Saulo de Tarso, que anteriormente había combatido esta creencia». De hecho, el Apóstol «proporciona una lista detallada de testigos, algunos de ellos aún vivos, que podrían, por lo tanto, haberlo desmentido fácilmente».

En consecuencia, «la resurrección es el renacimiento de la esperanza», palabra que «extrañamente está ausente en la predicación de Jesús. Los Evangelios recogen muchos de sus dichos sobre la fe y la caridad, pero ninguno sobre la esperanza -aclaró el purpurado-, aunque toda su predicación proclama que existe una resurrección de entre los muertos y una vida eterna. Por el contrario, después de Pascua, vemos explotar literalmente la idea y el sentimiento de esperanza en la predicación de los Apóstoles. A Dios mismo se le llama "el Dios de la esperanza". La explicación de la ausencia de dichos sobre la esperanza en el Evangelio es simple: Cristo tenía que morir y resucitar primero. Resucitando, abrió la fuente de la esperanza; inauguró el objeto mismo de la esperanza que es una vida con Dios más allá de la muerte», concluyó.

El Pontífice a la Fundación "Mons. Camillo Faresin"

Trabajar entre los últimos y trabajar juntos

«Trabajar entre los últimos y trabajar juntos»: estas son las dos líneas de acción que el Papa Francisco ha indicado a la «Fundación Mons. Camillo Faresin» de Maragnole di Breganze (Vicenza), recibida en audiencia la mañana del sábado 16 de marzo, en la Sala Clementina. Publicamos, a continuación, el texto del discurso preparado por el Pontífice y leído por uno de sus colaboradores.

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace daros la bienvenida con motivo del vigésimo aniversario de su Fundación. Hoy traéis aquí veinte años llenos de iniciativas al servicio de los últimos, recorridos tras las huellas de monseñor Camillo Faresin, durante mucho tiempo obispo de Guiratinga en Mato Grosso, ejemplo de sensibilidad misionera y de fe en la Providencia, y también de sus dos hermanos: don Santo, también él misionero salesiano, y don Juan Bautista, sacerdote diocesano.

Os habéis propuesto recoger el testigo de su caridad haciendo vuestra la tenacidad y la amplitud de miras al servir al prójimo. Y esto os ha llevado a desarrollar vuestra labor en Brasil, en Italia y en otras partes del mundo, extendiéndola a diferentes campos: desde la formación a la asistencia social, pasando por la asistencia sanitaria, hasta la oferta de condiciones de vida dignas y de oportunidades de trabajo para muchas personas.

Mirando vuestro compromiso, me gustaría destacar y alentar dos líneas de acción importantes: trabajar entre los últimos y trabajar juntos. Primero: trabajar entre los úl-



timos. Monseñor Faresin y sus hermanos eran personas de extracción humilde. Han aprendido el valor de la caridad y el fervor misionero en el contexto de una familia sencilla, devota, modesta y digna, una familia como tantas de las nuestras. En ese ambiente supieron captar, con la gracia de Dios, un mensaje y una invitación para su futuro a estar entre los últimos para ayudar a los últimos, y lo hicieron con incansable amor, con generosidad e inteligencia, incluso entre grandes dificultades. Recordemos, a este respecto, que el nombre del obispo Camilo está incluido, en Jerusalén, entre los del "Jardín de los Justos", precisamente porque, incluso antes de poder partir hacia Brasil, bloqueado en Roma debido a la Segunda Guerra Mundial, no se dejó detener por las circunstancias, prodigándose con caridad y valentía en ayudar a los judíos perseguidos.

Así ha sido durante toda su vida, como sacerdote y luego como obispo, con un impulso irresistible de acercarse a los más desafortunados. Hasta que, terminado su mandato episcopal, pidió y obtuvo poder permanecer entre su gente, en Mato Grosso, hasta su muerte, como humilde siervo de los humildes, continuando así en el ocultamiento, como amigo y compañero de camino, el mismo ministerio que durante tantos años había desempeñado como guía y pastor.

Lo que nos ha dejado es un gran ejemplo a imitar: ¡estar con los últimos, siempre! - Pero, ¿cómo? Eligiendo y privilegiando, en vuestros proyectos, las realidades más pobres y despreciadas como lugares especiales en los que permanecer, y como "tierras prometidas" hacia las que ponerlos en marcha y en las que "plantar vuestras tiendas" para iniciar nuevas obras (cf. Dt

1,8). Y hacerlo con una presencia concreta y cercana a las comunidades a las que servís, desde dentro, in situ, trabajando entre los pobres y compartiendo lo más posible su vida. Solo así, de hecho, se siente "el pulso" de las necesidades reales de los hermanos y hermanas que el Señor pone en nuestro camino; y sobre todo nos enriquecemos con la luz, la fuerza y la sabiduría que vienen de estar con Jesús, presente de manera única en los miembros más sufrientes de su Cuerpo.

Y llegamos al segundo punto: trabajar juntos. En vuestras actividades os exhorto a buscar siempre sinergias, entre vosotros y con otras realidades religiosas y asociativas. Sé que ya colaboráis, en varias obras, con las Hermanas Misioneras de la Divina Voluntad de Bassano del Grappa y con otras organizaciones. Estamos en buen camino. Hacer juntos, de hecho,

ya es en sí mismo un anuncio del Evangelio vivido; y para vosotros, además de una forma inteligente de optimizar los recursos, es una vía de formación en la caridad y en la comunión. Lo habéis subrayado dando a vuestro reciente evento este título: "Actuar juntos para progresar juntos". Así es: actuar juntos, de hecho, no significa solo hacer el bien, sino también y sobre todo crecer unidos en el bien, unos al servicio y apoyo de los otros.

Hacer juntos, por último, es también una expresión de fe en la Divina Providencia. Faresin la definía como "la fuente que más garantiza los recursos" para las obras que Dios requiere. Y los recursos más importantes para las obras del Señor no son las cosas, sino que somos nosotros, puestos sabiamente los unos cerca de los otros porque compartimos lo que somos: nuestra pasión, nuestra creatividad, nuestras habilidades y experiencias, y también nuestras debilidades y fragilidades. De este paciente poner en común, en la valorización de la contribución de cada uno, surgen frutos de gran dinamismo y concreción, como atestigua la historia pasada y presente de vuestra Fundación.

Queridos hermanos y hermanas, gracias por lo que hacéis y por cómo lo hacéis; y porque con ello mantenéis viva la memoria del corazón pastoral grande y generoso de Mons. Camilo Faresin. Que la Virgen os custodie en la caridad humilde y valiente. Os bendigo a vosotros y a vuestras familias; y os pido, por favor, que recéis por mí.

Se han presentado dos documentos de la Secretaría General del Sínodo

Una gran obra abierta

«¿Cómo ser Iglesia sinodal en misión? Cinco perspectivas para profundizar teológicamente en vista de la Segunda sesión» y «Grupos de estudio sobre cuestiones surgidas en la Primera sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos para profundizar en colaboración con los Dicasterios de la Curia romana»: estos son los dos documentos de la Secretaría General del Sínodo presentados el 14 de marzo durante una conferencia en la Oficina de Prensa de la Santa Sede, actualmente en via dell'Osedale. Introducidos por el director Matteo Bruni, tomaron la palabra los cardenales Mario Grech, secretario general de la Secretaría General del Sínodo, y Jean-Claude Hollerich, arzobispo jesuita de Luxemburgo y relator general de la misma Asamblea; el arzobispo carmelita Filippo Iannone, prefecto del Dicasterio para los Textos Legislativos; la misionera de la Consolata Sor Simona Brambilla, secretaria del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica; monseñor Piero Coda, secretario general de la Comisión Teológica Internacional; el jesuita Giacomo Costa, consultor de la Secretaría General del Sínodo, que moderó las intervenciones, vinculadas también a la carta del Papa difundida ese mismo día.

Ambos documentos se inspiran en el informe de síntesis de la asamblea de octubre y tienen como objetivo mantener viva la dinámica sinodal a través del trabajo en las Iglesias locales, pero también en la Curia romana a través de

una colaboración más estrecha entre los distintos dicasterios con la Secretaría General del Sínodo. «Estamos aquí para compartir los frutos de este proceso sinodal y agradecer al Señor la gran bondad que hay en el pueblo de Dios», comenzó el cardenal Grech. «En estos años he aprendido cuánto amor hay» en él «hacia Jesús y su Iglesia», añadió. Por lo que ahora se trata de «recoger los frutos y este árbol que tiene sus raíces

en la Palabra de Dios, en la Tradición, en el Magisterio y en la experiencia vivida». Mientras que «los frutos confirman que el Espíritu Santo está presente y activo en la Iglesia de hoy». A continuación, el purpurado recorrió los pasos dados después de la clausura de la sesión de octubre de 2023 y se refirió a las citas posteriores fijadas antes de la segunda sesión del próximo mes de octubre: entre ellas, el encuentro «Los párrocos para el Sínodo», que tendrá lugar del 29 de abril al 2 de mayo. Por su parte, el cardenal Ho-

llerich habló de «una gran obra abierta» de buenas prácticas, deteniéndose en el segundo documento relativo a los grupos de estudio instituidos por el Pontífice, que deberán concluir sus trabajos y entregarle los resultados antes de junio de 2025. También ha puesto el ejemplo de lo que está ocurriendo en su arquidiócesis a nivel de buenas prácticas. Monseñor Coda ha profundizado en particular en la pre-

profundizados en la asamblea general, pero que se comienza a instituir y a plantear correctamente «según la experiencia del Pueblo de Dios hoy». Porque «de esta experiencia no hay vuelta atrás -le hizo eco sor Brambilla-. Se avanza; y se entra, en profundidad, envueltos y atrapados en un movimiento en espiral que, con fuerza y dulzura, nos lleva a lo esencial de lo que somos como cristianos. Aligerados, desarmados y liberados de las

para profundizar en los temas previstos, sino también para experimentar, gustar, sentir la belleza y la fecundidad de caminar juntos en la escucha del Espíritu».

Por último, el arzobispo Iannone ha ilustrado el papel de la Comisión Canónica vinculada al Dicasterio que dirige, que había sido querida por el Papa Francisco incluso antes de la Asamblea de 2023, con el fin de elaborar propuestas de revisión de los dos Códigos



ces en la Palabra de Dios, en la Tradición, en el Magisterio y en la experiencia vivida». Mientras que «los frutos confirman que el Espíritu Santo está presente y activo en la Iglesia de hoy». A continuación, el purpurado recorrió los pasos dados después de la clausura de la sesión de octubre de 2023 y se refirió a las citas posteriores fijadas antes de la segunda sesión del próximo mes de octubre: entre ellas, el encuentro «Los párrocos para el Sínodo», que tendrá lugar del 29 de abril al 2 de mayo. Por su parte, el cardenal Ho-

gungta guía del primer documento «¿Cómo ser Iglesia sinodal en misión?». En este sentido, identificó tres niveles teológica y pastoralmente relevantes: Iglesia local, dimensión nacional y continental, Iglesia universal fundada en la primacía de Pedro, que se conecta con el ejercicio de la colegialidad episcopal y la sinodalidad. El objetivo es consolidar «una colaboración más intensa entrando en movimiento», en una «sinergia innovadora y prometedora» para no dejar de lado algunos aspectos que no podrán ser

diversas armaduras y vestimentas», ya que «el Sínodo es un camino exquisitamente espiritual, y como tal es soplo, susurro, movimiento que transforma, libera, une y armoniza, sin aplanar, homologar, homogeneizar». Por eso, aseguró la religiosa, «sobre la ola benéfica de la experiencia del pasado octubre», también en su Dicasterio «están tomando forma nuevas instancias de escucha recíproca, conversación, discernimiento». Por lo demás, subrayó, cada encuentro puede ser «una ocasión bendita no solo

de Derecho Canónico – latino y oriental – a la luz del camino sinodal. Y que continuará en el trabajo de estudio, comparación y profundización. Porque, explicó, toda reforma necesita normas para ser operativa y no quedarse solo en una exhortación piadosa, para plasmar y organizar de manera estable el modo de funcionamiento de los mecanismos de participación para un nuevo protagonismo de todos los fieles bautizados, hombres y mujeres, en la única misión de anunciar a Cristo.

En la catequesis el Papa Francisco habla de la primera de las virtudes cardinales

La prudencia es la cualidad de quienes gobiernan por el bien de todos

«La cualidad de quienes están llamados a gobernar: saben que administrar es difícil, que hay muchos puntos de vista y que es preciso tratar de armonizarlos, que no se debe hacer el bien de algunos, sino el de todos»: esta es la Definición de «prudencia» dada por el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 20 de marzo, en la Plaza de San Pedro. Continuando con el ciclo de catequesis dedicado a los vicios y las virtudes, el Pontífice se centró en lo que define como “conductor” de estas últimas. Publicamos, a continuación, el texto de la reflexión, que fue leída por uno de sus colaboradores.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La catequesis de hoy la dedicamos a la virtud de la prudencia. Ella, junto con la justicia, la fortaleza y la templanza, forma las virtudes llamadas cardinales, que no son prerrogativa exclusiva de los cristianos, sino que pertenecen al patrimonio de la sabiduría antigua, en concreto, la de los filósofos griegos. Por eso, uno de los temas más interesantes en la obra de encuentro y de inculturación fue precisamente el de las virtudes.

En los escritos medievales, la presentación de las virtudes no es una simple enumeración de cualidades positivas del alma. Retomando los autores clásicos a la luz de la revelación cristiana, los teólogos imaginaron el septenario de las virtudes - las tres teologales y las cuatro cardinales- como una suerte de organismo viviente en el que cada virtud ocupa un espacio armónico. Hay virtudes esenciales y virtudes accesorias, como pilares, columnas y capiteles. Quizá nada como la arquitectura de una catedral medieval puede dar la idea de la armonía que existe en el ser humano y de su continua ten-

sión hacia el bien.

Entonces, comencemos por la prudencia. No es la virtud de la persona temerosa, siempre titubeante ante la acción que debe emprender. No, esta es una interpretación errónea. No es tampoco solamente la cautela. Conceder la primacía a la prudencia significa que la acción del ser humano está en manos de su inteligencia y de su libertad. La persona prudente es creativa: razona, evalúa, trata de comprender la complejidad de la realidad. Y no se deja llevar por las emociones, la pereza, las presiones, las ilusiones.

En un mundo dominado por las apariencias, por los pensamientos superficiales, por la banalidad tanto del bien como del mal, la antigua lección de la prudencia merece ser recuperada.

Santo Tomás, en la estela de Aristóteles, la llamó “recta ratio agibillium”. Es la capacidad de gobernar las acciones para dirigir las hacia el bien; por eso recibe el sobrenombre de “conductor de las virtudes”. Prudente es quien sabe elegir: mientras permanece en los libros, la vida es siempre fácil, pero en medio de los vientos y las olas de lo cotidiano, la cosa cambia: a menudo nos sentimos inse-

guros y no sabemos hacia dónde ir. Quien es prudente no elige al azar: ante todo, sabe lo que quiere; luego, pondera las situaciones, se deja aconsejar y, con amplitud de miras y libertad interior, elige qué camino tomar. No es que no pueda cometer errores, después de todo sigue siendo humano; pero evitará grandes “bandazos”. Desafortunadamente, en todos los ambientes hay quien tiende a liquidar los problemas con bromas superficiales o a suscitar siempre polémicas. La prudencia, en cambio, es la cualidad de quienes están lla-



mados a gobernar: saben que administrar es difícil, que hay muchos puntos de vista y que es preciso tratar de armonizarlos, que no se debe hacer el bien de algunos, sino el de todos. La prudencia enseña también que, como se suele decir, “Lo perfecto es enemigo de lo bueno”. Demasiado celo, de hecho, en algunas situaciones, puede provocar desastres: puede arruinar una construcción que hubiera requerido gradualidad; puede generar conflictos e incomprensiones; puede incluso desatar la violencia.

La persona prudente sabe custodiar la memoria del pasado, no porque tenga miedo al futuro, sino porque sabe que la tradición es un patrimonio de sabiduría. La vida está hecha de una continua superposición de cosas antiguas y cosas nuevas, y no es bueno pensar siempre que el mundo empieza con nosotros, que tenemos que afrontar los problemas desde cero. La persona prudente también es previsor. Una vez decidido el objetivo por el que luchar, hay que procurarse todos los medios para

alcanzarlo.

Muchos pasajes del Evangelio nos ayudan a educar la prudencia. Por ejemplo: es prudente quien edifica su casa sobre la roca, e imprudente el que la construye sobre la arena. (cfr. Mt 7,24-27). Sabias son las vírgenes que llevan consigo el aceite para sus lámparas, y necias son las que no lo hacen (cfr. Mt 25,1-13). La vida cristiana es una combinación de sencillez y astucia. Al preparar a sus discípulos para la misión, Jesús les recomienda: «Yo los envío como ovejas entre lobos; sean entonces prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas». (Mt 10,16). Es como si dijera que Dios no sólo quiere que seamos santos, sino que quiere que seamos santos inteligentes, porque sin prudencia ¡equivocarse de camino es cuestión de un momento!

“Debemos hacer todos los esfuerzos posibles para negociar, negociar y poner fin a la guerra”. El Papa Francisco lo destacó en su saludo a los fieles de habla italiana al final de la catequesis, renovando su llamamiento por el cese de las hostilidades en Ucrania y Tierra Santa. Como en otras circunstancias, el Pontífice leyó el saludo a los italianos con la invocación por la paz, dejando la lectura de los demás textos a uno de sus colaboradores. A continuación, la audiencia general concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que nos ayude a crecer en la virtud de la prudencia para que, en medio de las tormentas y los vientos que pueden sacudir nuestra vida, permanezcamos cimentados en Cristo, la piedra angular. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.